

# Históricas Digital

Horacio Crespo

“Historia cuantitativa”

p. 87-103

*El historiador frente a la historia*  
*Corrientes historiográficas actuales*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

148 p.

(Divulgación 1)

ISBN 968-36-7984-X

Formato: PDF

Publicado en línea: 27 de junio de 2023

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes\\_historiograficas.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/corrientes_historiograficas.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## HISTORIA CUANTITATIVA

HORACIO CRESPO

La llamada “historia cuantitativa” es la materia de esta reflexión; materia cuyos alcance y terreno propios, su vocación y sus límites, suscitan alguna inquietud, en tanto que no se define por un objeto. En su misma designación está presente la referencia a un método, lo cual ha suscitado cierto escándalo –felizmente ya amortiguado con la legitimidad otorgada por varias décadas de trabajo y resultados– entre los cultores de Clío quienes categorizan la historia en hechos únicos, irrepetibles, o dicho de otra manera, esencialmente *cualitativos*, sin posibilidad de cuantificación.

Se trata, primero, de mostrar cómo el desarrollo de nuevas postulaciones teóricas en la historiografía posibilitó su aparición, en ese momento pleno de cuestionamientos y dudas que siguió a la Primera Guerra Mundial. Momento signado, en lo que hace a nuestra disciplina, por el desmoronamiento de las certidumbres que proporcionaban el idealismo historicista y el positivismo, y por el crecimiento y maduración de las posiciones críticas que –si no las únicas, las más radicales y finalmente productivas– tuvieron su punto de expresión más coherente e influyente en la revista *Annales*, fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch en 1929.

A comienzos del siglo XX, una suerte de compromiso –por lo demás, característico de la época– se había establecido, en términos del cual los historiadores adherían a la teoría “idealista”, con su distinción tajante entre historia y ciencia, y su confianza en la intuición como el arma última con la que el historiador podía “hacer hablar al pasado”. Mientras, en la práctica, esos mismos historiadores fundaban su método sobre el postulado fundamental de la escuela positivista, que colocaba a la investigación histórica frente a dos objetivos principales: uno, el descubrimiento de “hechos nuevos”, precisos y verificables, ya que estaban persuadidos como J. B. Bury –el sucesor de Lord Acton en Cambridge– de que “una reunión completa de los menores hechos de la historia humana finalmente dará sus frutos”, y el otro la eliminación del error respecto de esos mismos “hechos” a través del ejercicio metódico de la “crítica histórica”. Puente tendido sabiamente entre Ranke y Comte

por Lord Acton, quien en la presentación de esa pretendida *summa* del conocimiento histórico que era la *Cambridge Modern History* pronosticaba en 1902 que esa obra, edificada sobre tal contubernio, sería “el mapa y la brújula del siglo por venir”. Como a toda grandilocuencia apodíctica, los opacos hechos se encargaron de darle un mentís.

A la insatisfacción producida por la fatal caída en el círculo vicioso del subjetivismo y el relativismo, excluyentes de toda noción de verdad objetiva, y propios del idealismo historicista, con la consiguiente exclusión de los historiadores de la preocupación por las grandes cuestiones teóricas que agitaban la época, se sumaron la creciente pasión pedantesca por el detalle desprovisto de toda significación, el descriptivismo rampón y la obsesión por el hallazgo de causalidades cada vez más mecanicistas. Esto hizo que la historia como disciplina fuera naufragando en mediocridad y desprestigio cada vez más acentuados: sin negar las grandes obras de los maestros del siglo XIX, su herencia asfixiaba y cerraba todo horizonte a la investigación creativa.

Por otra parte —y esto fue analizado y reconocido por Febvre en distintas oportunidades—, el profundo cambio del clima espiritual general espoleado por la inmensa revolución en la física y en otras ciencias naturales; la renovación que supuso la teoría de la relatividad; la bancarrota del mecanicismo; el ascendente, difuso pero profundo, del intuicionismo vitalista de Bergson, fueron creando un marco dinámico en el que fue imposible la sobrevivencia del híbrido historicismo positivista. La historia también se aprestó a vivir su propia revolución copernicana y a reformular epistemológica y metódicamente sus condiciones de cientificidad. La sólida tarea de Henri Berr y su escuela de síntesis histórica en Francia, la reacción sociologizante basada en el pragmatismo de algunos historiadores estadounidenses, el aumento de la influencia del marxismo, el avance de algunas jóvenes ciencias del hombre y, finalmente, el fecundo y decisivo trabajo de los *Annales*, constituyeron los afluentes autónomos pero vigorosos de la “nueva historia”.

¿Cuáles fueron, en síntesis apretada, las propuestas elaboradas por los *Annales* y compartidas por un número creciente de historiadores, en Francia y en otros países? En primer lugar, un giro capital en la raíz epistemológica del quehacer historiográfico. En palabras de Lucien Febvre: “No existe el Pasado, ese hecho dado —el Pasado—, esa colección de cadáveres de la que el historiador tendría por función encontrar todos los ejemplares para poder fotografíarlos e identificarlos uno a uno. No existe el Pasado que engendra al historiador. Existe el historiador que hace nacer la historia” (L. Febvre, Introducción a Ch. Morazé, *Trois essais sur histoire et culture*, 1948, p. VIII). El historiador deja de ser el escriba pasivo de los acontecimientos pretéritos, el *medium* a través del cual se expresa el legado secular de la humanidad, y se

convierte en un interrogador comprometido con las causas del presente, que construye problemáticas y diseña hipótesis. “Un documento, repetía Marc Bloch, es un testigo, pero los testigos raramente hablan sin que se les pregunte... Desde el momento en que nos proponemos obligarles a hablar, aun contra su gusto, se impone un cuestionario. Tal es, en efecto, la primera necesidad de toda búsqueda histórica bien llevada” (M. Bloch, *Introducción a la historia*, p. 54).

Pero junto con este cambio radical de actitud respecto a la posición del historiador frente a su materia, la materia misma se ensancha prodigiosamente. Los límites que impone el documento escrito deben ser sobrepasados; deben aprovecharse todos los testimonios de la actividad humana: lenguajes, signos, formas del paisaje, sistemas de reparto de tierras, técnicas, joyas y utensilios, juegos, fiestas. Y la amplitud de las fuentes se corresponde con el cambio de vocación de la disciplina entera: ya no sólo historia política, historia de los grandes acontecimientos, historia de la evolución del estado, sino una historia abarcadora de multiplicidad de fenómenos y procesos, camino hacia la historia *total*, en la que todo lo que pertenezca al dominio humano cabe dentro de los límites de lo historizable. Ampliación de los problemas, democratización –valga la licencia– de los objetos de estudio, imaginación metodológica, ésa es la gran tradición de los *Annales* que ha informado a seis décadas de logros historiográficos fundamentales.

Imaginación metodológica. Éste es un rasgo esencial. Si los *Annales* comparte con Henri Berr la crítica rigurosa al historicismo positivista y la refundación epistemológica de la historia, lo verdaderamente original de la empresa de los primeros fue el caudal de novedades metodológicas que inspiró y el ímpetu con que éstas fueron promovidas. Incluso sería difícil señalar una adscripción teórica cerrada tanto para Febvre, como para Bloch: en realidad, fueron mostrando la historia que proponían en la práctica, en sus obras y en la de los allegados, en sus críticas, comentarios y reseñas, en sus indicaciones de fuentes y archivos, en la amplitud temática de la revista. En sus páginas, desde el *Lutero*, de Febvre, aparecido en 1928; *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, de Bloch, en 1931; *La sociedad feudal*, del mismo, en 1939; el *Rabelais*, de Febvre en 1943; la fundamental obra póstuma de Marc Bloch, *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'historien*, aparecida en 1949, el mismo año en el que Braudel publicó su *Mediterráneo*, durante dos décadas de trabajo fecundo –a pesar de la guerra y de la trágica y heroica muerte de Marc Bloch en 1944–, se construyeron los pilares que consolidaron la nueva escuela histórica francesa.

La renovación metodológica se vio impulsada también por la estrecha relación planteada con el conjunto de las ciencias sociales y humanas: con la geografía –disciplina formadora de Febvre y en la que destaca la gran influencia de Vidal de la Blache–, la psicología social, la antropología, la sociología,

la arqueología, la economía. Préstamos interdisciplinarios, mutuos aprendizajes, trabajos colectivos formaron parte del programa de acción que se concretó, a partir de 1947, en la VI Sección (Ciencias Económicas y Sociales) de la Escuela Práctica de Altos Estudios en París dirigida por Fernand Braudel. Por la amplitud de sus temáticas y la fluidez experimental de sus métodos, en este programa se reflejó toda la potencialidad de la renovación historiográfica. Y aquí fue donde el desarrollo de la historia cuantitativa tuvo su principal soporte y escenario.

Aunque pueden rastrearse otros antecedentes, más en la forma que en la esencia, como podrían ser las obras de Took, Rogers y D'Avenel sobre precios en Inglaterra y Francia, la historia cuantitativa es deudora, en la base de su posibilidad misma, del fermento teórico y de la acción práctica de los *Annales*. Sin embargo, ni Febvre ni Bloch, los “padres fundadores”, fueron historiadores cuantitativos. El impulso hacia el número provino de otro sociólogo, economista e historiador estrechamente ligado, hacia el final de su vida, a los *Annales*, François Simiand, y de la obra de su discípulo Ernest Labrousse. Su primer libro, *Esquisse de l'histoire des prix au XVIIIe. siècle*, aparecido en 1933, estableció un modelo de historia cuantitativa, pleno de rigor y sustancia. Su siguiente libro, *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution*, de 1943, tuvo una inmensa repercusión y promovió que muchos historiadores jóvenes se volcaran, a partir de 1945, a la investigación cuantitativa, desbordando inclusive los marcos de la historia económica que le diera nacimiento. La historia cuantitativa –y vale la pena disipar el malentendido– no es sinónimo de historia económica, aunque sea en este sector del conocimiento histórico donde nació y donde sus aplicaciones prácticas se hayan extendido más, quizás con mayores resultados.

La historia económica es un método, una forma de ordenamiento y utilización de los datos históricos, una exigencia de rigor en el planteamiento del objeto, las hipótesis y sus comprobaciones. Su campo de trabajo es extenso y abarca prácticamente todos los terrenos en los que las posibilidades de medición no estén radicalmente excluidas por el objeto mismo de posible investigación.

Las fuentes de la historia cuantitativa son de varios tipos y es en relación a ellas que se establece el primer conjunto importante de problemas para la disciplina. Una elemental clasificación puede desglosarlas en dos grandes grupos: fuentes organizadas numéricamente de manera expresa y deliberada, y fuentes susceptibles de dicha organización pero que en su presentación original no lo están.

Las primeras, por lo general de origen institucional, se clasifican a su vez en dos tipos, por sus características concretas y formas de utilización crítica. Unas fueron el resultado de una finalidad utilitaria inmediata; entre ellas

están los padrones, censos fiscales y militares, relaciones de precios de mercado, estado y evaluación de las cosechas, informes sobre las más diversas materias o actividades, etcétera; carecen de orden sistemático, y su información es muy susceptible de acusar sesgos marcados, tanto por sus objetivos expresos como por las condiciones de su producción. Este tipo de fuente numérica caracteriza al periodo pre-estadístico aunque, obviamente, puede existir en el periodo estadístico, es decir aquel en que ya hay recopilación orgánica de datos numéricos, levantados sistemáticamente, dirigidos hacia un asunto específico, con determinada periodicidad, con homogeneidad; en suma, con metodologías, científica y técnica, adecuadas. Las otras, el segundo tipo de fuentes conocido bajo la designación de *estadística*, surgen directamente relacionadas con el estado moderno –desde las centralizadas monarquías absolutistas–, y sus necesidades crecientes de información para la planeación, control y conocimiento racional de su actividad y de la sociedad sobre la que ejerce su poder. Además, el desarrollo económico capitalista produjo una expansión necesaria del conocimiento estadístico, muchas veces generado por empresas o grupos privados de la más diversa índole.

El segundo grupo de fuentes está constituido por aquellos conjuntos documentales relativos a fenómenos individuales reproducidos en una escala masiva: registros demográficos civiles, registros parroquiales, actas jurídicas y notariales, protocolos de hipotecas, declaraciones de impuestos, transacciones diversas con tierras o propiedades raíces, registros comerciales, de precios, de transportes, inventarios, contabilidades, documentos de autoridades educativas, de profesores y alumnos, de autoridades militares, etcétera. La elaboración estadística de estos materiales es posible por su carácter repetitivo y por sus rasgos comunes que permiten homogeneizar la información para que sea seriada y utilizada sistemáticamente. Estas segundas fuentes son el objeto privilegiado de la actividad de investigación de la historia cuantitativa.

La organización numérica serial de fuentes documentales requiere de varios pasos que permiten la apreciación crítica de las mismas y de su potencialidad informativa, así como la selección de las técnicas más adecuadas para su completa estructuración y utilización. Deben ser analizados la naturaleza y el origen de la masa documental para evaluar el sentido y escala de los sesgamientos que pudieran presentarse. También es necesario determinar la representatividad del material, siempre cuestionada por las destrucciones “ciegas” producto de los azares del paso del tiempo y, mucho más grave, en ciertas oportunidades por el carácter mismo de la información. Debe ser tenido en cuenta el tipo intrínseco de los datos, y su posibilidad de estandarizarse para que resulte una masa homogénea sujeta a los análisis posteriores. Muchas veces se desconocen las circunstancias que intervinieron en una anotación

concreta, por ejemplo, el tipo de transacción comercial que arroja un precio, y esto genera dificultades de interpretación o un amplio campo de incertidumbre que pone en peligro la confiabilidad de la serie.

La resolución concreta de estos problemas anunciados en forma muy general es inherente y específica de cada investigación estadístico-histórica y debe ser abordada en el marco casuístico del trabajo emprendido, atendiendo a todos los lineamientos y precauciones que forman el bagaje básico para el tratamiento de fuentes cuantitativas. La delicada cuestión de las pesas y medidas, de las unidades de cuenta, de las monedas utilizadas y su valor, de las modificaciones de las tasas impositivas, etcétera, también debe enfrentarse de forma ajustada y precisa –y para ello un cierto arsenal de erudición es imprescindible– para que no resulten inservibles grandes esfuerzos de investigación y recopilación previos. La añeja preocupación metodológica de la crítica de las fuentes –tan cara a los historiadores tradicionales, desde los epigrafistas a Ranke– reaparece así metamorfoseada en una técnica más o menos compleja de selección, admisión y ordenamiento de datos en una serie de unidades homogéneas y, por lo tanto, comparables, en un *continuum* cuya diacronía, precisamente, los introduce en la temporalidad histórica.

La construcción de una serie cuantitativa reposa sobre una base epistemológica, que radicaliza el cambio de actitud de los historiadores al que ya nos hemos referido anteriormente. El documento que aparecía como testigo insoslayable de un acontecimiento único y distinto, el “hecho” histórico –soporte del historicismo positivista– inscrito en una cronología preestablecida fundada sobre la legitimidad que otorgaba la preeminencia de lo político –y dentro de ésta, el orden secuencial del Estado y sus avatares–, se convierte entonces en un dato que vale en función de su naturaleza repetitiva, y es comparable, a través de la unidad-tiempo establecida, por la coherencia interna de la misma serie a la que pertenece. Es el valor relativo respecto del conjunto lo que otorga significación al documento, y no su supuesta relación íntima con lo real-acontecido en el pasado.

Ya no es el documento el que establece las reglas del juego frente a un usuario pasivo extasiado por su revelación: “Dejar que el documento, y sólo el documento, hable”, esa máxima que, desde Ranke, era la regla cardinal del buen *métier*. Por el contrario, son las preguntas que el historiador plantea desde su problemática y sus hipótesis las que dirigen la búsqueda y orientan la selección del material. No queda espacio para la visión ingenua que confunde el vestigio documental –del orden que éste fuera– con la materia del pasado. El producto intelectual de la investigación histórica no es una suerte de resurrección de los tiempos pretéritos, sino una construcción científica estructurada sobre una teoría, un problema, hipótesis y demostraciones rigurosas.

La materia no es el pasado; éste no existe. Son sus vestigios suerte de cantera documental aprovechable para hacer luz sobre determinados problemas que se plantean en nuestro tiempo presente. De esta formulación se pasa a la construcción de modelos explicativos que deben ser sucesivamente probados, confrontados con las pruebas documentales, corregidos y vueltos a reelaborar; en historia cuantitativa se diseña el paso lógico para la operación científica. Ecos de aquella apasionada crítica de Febvre a Louis Halphen, arremetiendo contra los jirones –todavía hoy no del todo desechados– de las seguridades positivistas:

Porque, en fin, los hechos... ¿A qué se llama los hechos? ¿Qué hay detrás de la palabrita “hecho”? ¿Pensáis que los hechos están dados en la historia como realidades sustanciales que el tiempo ha enterrado más o menos profundamente, y que se trata de desenterrar, limpiar y presentarlos bellamente iluminados a los contemporáneos? O se trata de una repetición por su cuenta de la frase de Berthelot ensalzando la química inmediatamente después de sus primeros triunfos –la química, *su* química, la única entre todas las ciencias, decía orgullosamente, que *fabrica su objeto*. En este punto Berthelot se equivocaba. Porque todas las ciencias fabrican su objeto. Vale para nuestros predecesores, los contemporáneos de los Aulard, los Seignobos, los Langlois, vale para esos hombres a los cuales la “ciencia” imponía tanto respeto (y que lo ignoraban todo sobre la práctica de las ciencias y sus métodos); para ellos es correcto creer que un historiador es un hombre al que basta poner debajo de su microscopio un trozo de cerebro de ratón: inmediatamente se ocupa de hechos diferenciados, de hechos indiscutibles, de hechos “ya a punto”, por decirlo así; lo único que tiene que hacer es alinearlos en sus cajones [...] Hubiera sorprendido mucho a nuestros antepasados historiadores diciéndoles que un historiador, en realidad, fabrica primero el objeto propio de sus investigaciones y de sus hipótesis, con gran despliegue de delicadas técnicas y sutiles colorantes [...] Bien se hubiera sorprendido, sí, a nuestros mayores, denominando a los hechos, como un filósofo contemporáneo, “clavos en los cuales se cuelgan las teorías”. Clavos que hay que forjar antes de clavarlos en la pared. Y tratándose de historia, es el historiador quien los forja. No, como dice Halphen, “el pasado”. O, mediante una extraña tautología, “la historia” (L. Febvre, *Combates por la historia*, p. 177-178).

Disponemos ya de la serie rigurosamente construida. Comienza la segunda fase de la labor del historiador cuantitativo: la del tratamiento analítico de los datos. El primer problema que se plantea, el de los límites de comparabilidad de la serie cronológica, tiene una gran importancia. La serie numérica, no bien ha sido construida siguiendo todos los requisitos críticos, nos presenta datos de carácter homogéneo, por ende comparables, y por eso mismo nos

sumerge de inmediato en una ilusión peligrosa: pensar que, de disponer de fuentes, sería posible prolongarla sin que exista ninguna otra limitación para la operación. El solo hecho de pertenecer a la serie parecería asegurar la comparabilidad de todos los datos, o sea, que pertenecen a un *continuum* de iguales. Por ejemplo, podría construirse una serie de precios de ganado desde el siglo V a nuestros días, o del carbón desde el siglo XI al XX, o como hizo D'Avenel, del ganado de cerda desde el siglo XIII al XIX, y decidir que estamos comparando clases homogéneas. Inclusive, para eliminar los problemas de la diferente naturaleza de las unidades monetarias podría plantearse el criterio propuesto por P. Usher en 1932 de referir todo el estudio estadístico a la comparación de intercambios entre unidades físicas: un buey es siempre un buey, una tonelada de carbón es siempre una tonelada de carbón. Pero aun en este último caso, como bien lo ha señalado Witold Kula, no nos aseguramos la igualdad que legitime la comparación, ya que la equivalencia sólo resulta formal. En el dilatado periodo de tiempo que abarcarían esas hipotéticas series, las características físicas de los bueyes cambiaron notablemente, así como el poder energético del carbón depende del lugar de extracción, la profundidad del yacimiento, etcétera. Pero, además, cómo equiparar el valor de tracción de un buey en una sociedad agrícola, donde significaba el máximo de energía aplicable a las labores del campo, con su valor en otra en la que existe el tractor con motor diesel, o el poder calórico del carbón antes y después de la Revolución Industrial. La cuestión de los límites cronológicos de una serie –resuelto el problema de las fuentes– debe ser decidida en función de elementos cualitativos ajenos a su exclusiva estructuración formal, o sea de variables dependientes de la entera estructura social y económica, so pena de caer en “el anacronismo –que es como alertaba Marc Bloch– entre todos los pecados respecto de la ciencia del tiempo el más imperdonable”.

Un segundo problema de método es el de los agrupamientos de la información. Siempre existirá cierta heterogeneidad entre los datos reunidos dentro de un mismo rango, o sea que las unidades que lo integran se diferencian entre sí en muchos aspectos. Lo esencial para garantizar un procedimiento analítico correcto es que presenten rasgos o tendencias homogéneas respecto al problema que se está analizando. Por ejemplo, si agrupamos unidades de explotación agrícola, es evidente que ninguna será absolutamente semejante a otra; de todos modos si estamos analizando la disolución de la comunidad aldeana de unidades familiares autosuficientes, podemos agruparlas en segmentos cuyos rangos se definirán por la capacidad, o no, de autosuficiencia en el consumo, de producir excedentes mercantiles, así como por la cantidad de trabajo empleado en la producción, deficitario o excedentario de la fuerza de trabajo familiar; esto a su vez indicará contratación de trabajo asalariado o venta de la potencialidad de trabajo no utilizada, respectivamente.

La historia cuantitativa obtiene sus resultados a través de la manipulación de datos numéricos que, por su naturaleza intrínseca, generan una suerte de culto a la exactitud que puede encubrir el carácter de los elementos que se manejan. Esta forma de expresión nos obliga a tener siempre presente que toda cifra es –más allá de su forma numérica– un *concepto* y que, en materia histórica, siempre constituye una aproximación. Por ejemplo, la afirmación de que la producción de azúcar en México, en 1899, fue de 75 056 toneladas no indica más que un orden de magnitud, al igual que decir que la población del estado de Morelos en 1895 era de 159 355 habitantes. Si el dato numérico fuera un reflejo de tipo fotográfico de lo real, podríamos preguntar qué día, e inclusive a qué hora, se producía ese número. El mismo absurdo de la pregunta nos indica, *contrario sensu* la naturaleza del dato. En realidad, el verdadero interés de ese tipo de información radica en su valor indicativo: “orientarse en la escala de las magnitudes es un resultado fundamental y suficiente en el examen de los fenómenos sociales de carácter masivo...” (W. Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*, p. 282).

Por esta razón es preferible usar cifras relativas en vez de absolutas, cuando se presentan resultados analíticos, así como emplear medias ponderadas, medias móviles y escalas logarítmicas, que eliminan las distorsiones de las medias aritméticas y permiten observar tendencias con mayor claridad. También es importante la elaboración de coeficientes, que señalan la relación entre dos magnitudes extraídas de la fuente o hechos con las mediaciones de ésta. El historiador cuantitativo debe utilizar para los análisis histórico-estadísticos toda la gama del instrumental técnico estadístico moderno. Existe una inclinación a considerar que la escasez o ausencia de materiales documentales, que el historiador encuentra en muchos casos, sólo permite el uso de técnicas estadísticas elementales. Por el contrario, los métodos más sofisticados son los que pueden corregir o suplir el carácter fragmentario o defectuoso de las fuentes utilizadas. Es más, creo que una de las posibilidades más fructíferas de la historia cuantitativa la constituye el desarrollo de su propio instrumental técnico-estadístico. Para ello, el historiador debe tener una formación especializada o contar con el auxilio de expertos para adaptar métodos a sus propias necesidades o desarrollar nuevas herramientas de trabajo estadístico.

Witold Kula llama “licencias” permitidas al historiador cuantitativo a las infracciones a las normas básicas de la estadística, con respecto al manejo de datos, por los problemas del material que utiliza. De esta manera, el uso de interpolaciones o extrapolaciones, que en otras circunstancias resultarían forzadas, los agrupamientos heterodoxos de información, la utilización de coeficientes por analogía de situaciones, etcétera, pueden ser aceptados siempre y cuando –para permitir un control efectivo sobre el rigor y la validez de

los resultados— se explique y subraye con toda claridad la licencia cometida y se justifique debidamente el procedimiento adoptado, para demostrar que no condujo a conclusiones con un margen de error intolerable.

El uso generalizado de la computadora ha constituido un auxilio fundamental para el desarrollo de la historia cuantitativa, ya que permite abordar enormes masas de material, cuya escala en cuanto a volumen de trabajo necesario para su procesamiento las dejaba fuera del alcance de la investigación. También ha posibilitado una renovación de los métodos, especialmente en lo que hace a la facilidad y rapidez con las que puede someterse el material a diversas pruebas estadísticas, su graficación e, inclusive, su edición. Sin embargo, la computación puede provocar la ilusión de pensar que más allá de sus innegables ventajas técnicas, la facilidad de manipulación de los datos produce mecánicamente resultados. Como bien afirma LeRoy Ladurie, lo que cuenta no es la máquina sino el problema, y éste debe ser planteado y resuelto por el historiador. La excelencia del trabajo cuantitativo sigue reposando en el correcto planteamiento del objeto de investigación, la validez de las fuentes, el adecuado diseño del cuadro de hipótesis, la imaginación metodológica y el rigor de los procedimientos de análisis.

El tipo de resultados que produce la historia cuantitativa está estrechamente relacionado con su posición epistemológica y con sus recursos metodológicos. El historiador tradicional, formado en el culto al hecho individual, mira con profunda desconfianza cualquier generalización en materia histórica. Al desconocer la ley de las grandes magnitudes no puede apreciar el valor cognoscitivo y el poder probatorio de las generalizaciones obtenidas mediante la misma. Debemos subrayar que el objetivo principal de la disciplina es situar a la sociedad en la escala de los cambios, medir las progresiones y regresiones en dicha escala, comprender las desproporciones y los desarrollos desiguales y facilitar las comparaciones espaciales y temporales. Sobre este programa es que deben evaluarse sus productos y sus aportes. El desconocimiento o el equivoco respecto a los propósitos de la historia cuantitativa ha llevado al ejercicio de críticas fuera de un enfoque correcto. A esas críticas cabe responder con el sabio adagio popular: “No pedir peras al olmo”. Así, sin más.

Ya vimos cómo la historia cuantitativa nació en estrecha relación con los temas y preocupaciones de la historia económica. Más específicamente, hizo de la historia de los precios su primer campo privilegiado de trabajo.

Dos fueron las razones principales para esta filiación. Primero la crisis desatada en 1929 provocó el surgimiento de un gran interés en la evolución de las fluctuaciones de los niveles de precios y de los consiguientes procesos de inflación y deflación; se constituyó entonces un Comité Internacional de

Historia de lo. Precios que dio fuerte apoyo institucional y financiero a ese tipo de investigaciones. Segundo, la naturaleza del objeto hizo completamente lógica la aplicación de técnicas cuantitativas al material de estudio. De esta forma, el instrumental de la ciencia económica, su problemática, aparato conceptual, teoría, métodos y técnicas fueron haciéndose presentes en el campo de la historia, hasta constituir ese inmenso territorio de estudios que es hoy la historia económica.

Dos grandes tendencias fueron definiéndose en el campo de los estudios cuantitativos de la historia económica: la “historia serial” según la denominación de Pierre Chaunu, y la “econometría retrospectiva”, como la ha llamado Pierre Vilar, esta última con filiaciones más complejas y derivaciones muy variadas.

La historia serial se reconoce como la sustentadora de la tradición de los *Annales* y se caracteriza por ser practicada por investigadores con formación de historiadores. Su primera preocupación distintiva es la de ejercitar una crítica exhaustiva de las fuentes, en particular cuando se trata de la construcción de series con datos anteriores a la época estadística, tal como ya hemos expuesto. Un segundo punto fundamental es la preocupación por evitar el anacronismo, destacando el carácter diferencial de las estructuras de las diversas sociedades. Su oposición central a los econométricos retrospectivos –valga la licencia de llamarlos así, y de unificarlos un tanto arbitrariamente– radica en que rechaza la universalización de las teorías económicas y sostiene que las leyes económicas sólo son válidas en el marco del sistema en el que fueron formuladas. De esta manera no existe justificación teórica que permita la extrapolación de las leyes económicas de la teoría económica actual a otras épocas y sociedades por lo que se postula la necesidad de ir construyendo las pertinentes a cada sociedad y a su funcionamiento real. Este proceso de construcción teórica debe realizarse sobre la base empírica de múltiples estudios regionales, historias de empresas, series cuantitativas muy cuidadosas de demografía, producción, precios, etcétera.

La base metodológica de esta tarea está en el ejercicio de control de las hipótesis explicativas globales –relativas a prolongados periodos o a grandes conjuntos espaciales– mediante una multiplicidad de estudios específicos, que permitan analizar la totalidad de las articulaciones concretas en determinada región, época y sectores de actividad: las dinámicas de coyuntura diferenciadas y coexistentes en un mismo país o espacio mayor –como, por ejemplo, el Atlántico español de Chaunu–; los elementos constitutivos de la estructura y sus posibles desfases regionales. Se ponen así de manifiesto las diferencias de ritmo económico; las tensiones entre economía y sociedad, y entre la estructura social y la coyuntura política, y la evolución de las mentalidades. Esto último, que traspone los límites de la historia económica, ha posibilitado nuevos

campos de aplicación de la cuantificación, tanto en lo que hace a la demografía como a las variables políticas e ideológicas, con un mayor aprovechamiento de nuevas fuentes susceptibles de serialización que se beneficia por el uso de la computadora.

Una característica metodológica notable de la escuela de historia serial es el mesurado uso que hace de las técnicas e instrumentos de análisis estadístico-matemáticos, el cual generalmente no va más allá de establecer correlaciones simples entre las variables consideradas. Esta cautela no sólo ni principalmente obedece al desconocimiento de este instrumental por los formados en la disciplina histórica —como muchas veces y no muy bien intencionadamente se ha señalado— sino a reparos teóricos y metodológicos que ya hemos expuesto, en cuanto a aplicación de teorías —y su aparato analítico— no concordantes con la especificidad histórica de la sociedad estudiada.

Una recorrida a vuelo de pájaro sobre la producción principal de la historia serial nos muestra la fecundidad temática y metodológica que ha desplegado. Hemos señalado antes la importancia fundamental que tuvieron las obras de Simiand y Labrousse en el nacimiento de la historia cuantitativa. El interés inicial en la historia de los precios siguió dando sus frutos, de los que cabe destacar el trabajo de F. Spooner y F. Braudel sobre su evolución en Europa entre los siglos XV y XVIII. Pero los horizontes se ampliaban, y en esto influyó la fundamental obra de Braudel sobre el Mediterráneo de Felipe II. Hacia 1955, como indica Barraclough, se produjo el definitivo asentamiento de la influencia de la escuela de los *Annales* como orientación rectora de la historiografía francesa; desde allí se irradió cada vez con profundidad y extensión mayores hacia el exterior. A la vez, comenzó a hacerse sentir la fecunda acción de la VIe. Section de l'École Pratique des Hautes Études.

Debemos mencionar algunos trabajos. En principio, *Seville et l'Atlantique*, la monumental indagación de Pierre y Huguette Chaunu sobre los registros de la Casa de Contratación, que reconstruyó todo el movimiento de la navegación española en el nuevo espacio marítimo abierto hacia América, todavía insuficientemente explorada por los historiadores de este lado del océano. Esta obra, aparecida entre 1955 y 1960, fue seguida por *Les Philippines et le Pacifique des Ibériques (XVIe., XVIIe., XVIIIe. siècles)*, publicada también en 1960. El ejemplo de Chaunu, alumno de Braudel, inició toda una serie de investigaciones acerca de los tráficos marítimos; entre ellas puede citarse la de P. Jeannin sobre el Sund; la de R. Romano y F. Braudel acerca del puerto de Livorno; *L'alun de Rome* de J. Delumeau, que presenta la innovación metodológica de que, a través del seguimiento de las ventas mundiales del alumbre, producto indispensable en la fabricación de paños, pudo efectuarse una primera aproximación a la marcha secular, entre los siglos XV y XVIII, de la industria textil y

su producción en diversas regiones de Europa. Del comercio a la producción, algo semejante a las ventas de mercurio como índice de la producción de plata y como control de otras fuentes, las fiscales en particular.

Los estudios regionales fueron otra de las áreas básicas de interés de la historia serial. Junto con los trabajos de George Lefebvre, uno de los grandes contemporáneos y sucesores de Simiand, Bloch y Febvre –quien con *Les Paysans du Nord pendant de Révolution Française*, de 1924, se suma al grupo de fundadores de la cuantificación histórica, en una línea que prosiguió hasta su obra póstuma, *Études orléanaistes*, de 1962–, debe destacarse el libro de Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis au XVIIIe. siècle* (1960), que no sólo aplicó el estudio cuantitativo a los precios, sino a un nuevo tipo de documentos: los registros parroquiales. La demografía histórica era un nuevo territorio abierto a la indagación de fuentes y métodos innovadores. Pierre Chaunu orientaba a un grupo de alumnos hacia la investigación cuantitativa en Normandía, poniendo su foco de atención en la producción agrícola, la población, el proceso de construcción de edificios y casas, y hacia los campos de la historia social, ya que uno de ellos se dedicó a la estadística del crimen entre los siglos XVI y XVIII. A su vez, René Bahrel, en *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin XVIe. siècle-1789)*, de 1961, tomaba como fuente las contabilidades eclesiásticas con sus datos acerca de diezmos, salarios, rentas de la tierra, impuestos, derechos señoriales y usura. En 1962 apareció el fundamental libro de Pierre Vilar sobre Cataluña en el despegue de la modernidad, en un esfuerzo de historia *total* singularmente exitoso. Y estas menciones podrían ampliarse hasta cubrir muchas planas. Basta decir que los intentos sobre historia social se han ampliado considerablemente, así como la aplicación de lo cuantitativo a la sociología histórica electoral, a la sociología religiosa, a la estratificación social, a la sociología cultural, una enorme extensión de dominios en los que se ha mostrado fecunda. Algunos nombres: François Furet, Adeline Daumard, J. Meyer, A. Bennassar, L. Pérouas, etcétera.

La segunda gran corriente del cuantitativismo historiográfico se originó en la década de 1940 con la obra de Simon Kuznets en Estados Unidos, la de Colin Clark en Gran Bretaña, y se continuó luego, en los años sesenta, en Francia. Kuznets, un economista nacido en Ucrania en 1901 y emigrado a Estados Unidos en 1922, centró su trabajo en el uso de sofisticados métodos estadísticos para analizar y medir el Producto Bruto Interno, valor a precios de mercado de la suma de bienes finales y servicios producidos por una economía nacional, en un determinado periodo de tiempo, computado antes de la depreciación de capital en el proceso de producción. Su obra clásica es *National Income and Its Composition*, publicado en 1941, verdadero punto de arranque de la moderna economía cuantitativa. Kuznets también trabajó en estu-

dios pioneros acerca de los ciclos económicos. En su obra hay una fuerte inclinación a dar profundidad histórica a los problemas y a utilizar métodos comparativos.

Paralelamente, en 1940, Colin Clark publicó en Inglaterra *Las condiciones del progreso económico*, en la que analiza también el producto y la renta nacional, con una enorme masa de material histórico cuantitativo proveniente de diversos países, tratado de una manera estricta y confiable. Otra obra que no podemos dejar de mencionar es la de Milton Friedman y Anna J. Schwartz, de la célebre Escuela de Chicago, con sus importantes contribuciones a la historia monetaria. En Francia, Jean Marczewski propuso, en los inicios de la década de los sesenta, un concepto de historia cuantitativa basado también en la aplicación retrospectiva de los métodos de contabilidad nacional, siendo uno de los trabajos más destacados en este campo el dedicado a la evolución del producto de la agricultura francesa entre 1700 y 1958 de J. C. Toutain.

La operación histórica estaría planteada –en términos generales, y especialmente en la concepción de Marczewski– en completar los datos cuantitativos de una matriz insumo-producto lanzada hacia el pasado hasta donde fuera posible por las fuentes, utilizando el modelo de las contabilidades nacionales actuales y sobre la base conceptual de la noción de equilibrio general. Marczewski plantea la necesidad de contar con los elementos para resolver veintidós ecuaciones que desarrollan las cinco igualdades básicas del modelo de ingreso nacional: 1. Demanda de bienes y servicios; 2. Producción interna; 3. Ingreso total de las familias (consumo privado, más impuestos directos, más ahorro); 4. Ingreso total de los distintos niveles de la administración estatal; 5. Ahorro nacional bruto (inversiones públicas y privadas, más saldo de comercio exterior).

La “econometría retrospectiva”, practicada por esos economistas historiadores, sienta la base de una reducción de la historia a la economía política, lo cual ha sido reprochado duramente por los seguidores de los planteos de los *Annales* y su “historia total” como un grave retroceso metodológico. Por otra parte, extrapola los conceptos, métodos y problemática creados por la teoría económica para analizar sociedades actuales con un grado de desarrollo capitalista avanzado al estudio de todas las sociedades, sin plantearse críticamente la validez de este procedimiento o la necesidad de contar con otro instrumental analítico e interpretativo. Ésta es la objeción metodológica fundamental que puede hacerse a esta corriente historiográfica. Además, la mayor parte de los estudios adolecen de una falta de rigor crítico en el manejo de sus datos y fuentes, una cuestión que el propio Kuznets ha reprochado.

La econometría histórica tiene otra importante expresión en lo que ha dado en llamarse *New Economic History*, que ha logrado características de una

verdadera escuela. Existe un conjunto de elementos metodológicos básicos que da congruencia y homogeneidad a sus integrantes, que también son economistas de profesión –al menos lo eran en el periodo inicial, fines de la década de 1950. La corriente se inauguró a través de la influencia catalizadora de una serie de artículos de Arthur Conrad y John Meyer, entre 1957 y 1959, acerca del tema de la economía esclavista del Sur estadounidense, que despertó gran interés en un amplio sector que rechazaba el descriptivismo y la falta de profundidad con que se desenvolvía en esos momentos la historia económica. Hubo una nueva exigencia de precisión en los planteamientos y de control del sistema de hipótesis causales alternativas, a través de una estricta formalización de estos aspectos. También se manifestó una demanda de cuantificación absoluta, dejando de lado todos los aspectos no cuantificables de los problemas estudiados. La aceptación de la teoría económica actual y la utilización retrospectiva acrítica de sus modelos y procedimientos es total. El método utilizado es el hipotético-deductivo, a través de la comprobación lógica y empírica de las variables que integran el modelo planteado como hipótesis. Uno de los rasgos metodológicos más destacados y novedosos de esta escuela es la utilización de *hipótesis alternativas* como medio de control de las explicaciones causales, o sea el uso de *modelos de simulación*, como técnica de comparación de series aun cuando la verificación directa sea imposible. Se imagina cómo hubiera evolucionado determinada situación si las estructuras, las técnicas y las circunstancias hubieran sido distintas, para comprobar si ciertos factores explicativos ya aceptados fueron realmente esenciales. El ejemplo más conocido es el de Fishlow y Fogel quienes, para evaluar la importancia del impacto de la construcción de la red ferroviaria en el ingreso nacional de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX, partieron de la hipótesis de que dicha red *no* se hubiera construido.

La *New Economic History* también se caracteriza por su rechazo a las explicaciones globales, a las interpretaciones históricas generalizadoras del tipo de *take off*, la Revolución Industrial, la teoría de la influencia de las innovaciones técnicas en el desarrollo capitalista, etcétera, pero no propone tesis sustitutivas de ese tipo sino que prefiere moverse en el eclecticismo interpretativo. Su temática ha estado dirigida a la historia económica de los Estados Unidos, abordando los problemas principales siguientes: la medición del crecimiento económico; el impacto que tuvo la disponibilidad de tierras cultivables sobre la agricultura y en la industria, poniendo el acento, en buena medida, en la cuestión de flujo y costo de la fuerza de trabajo; los ferrocarriles y su ahorro social; la banca y los ciclos económicos, y los efectos económicos de la esclavitud. Por su sofisticado tratamiento del material cuantitativo; las dificultades conceptuales que implica, y el fuerte enraizamiento de otras escuelas historiográficas que critican a la *New Economic History* –como el marxismo o la

escuela de los *Annales*— en Europa y en América Latina, ha habido poca disposición de los historiadores de estos países a efectuar estudios siguiendo sus planteamientos teóricos y metodológicos. Lentamente, sin embargo, se ha abierto una audiencia relativamente creciente a sus novedades, algunas de las cuales son francamente impactantes.

Efectuar una revisión y un intento de balance del desarrollo y producción de la historia cuantitativa en México escapa a la intención y los límites de esta presentación. Se han producido libros importantes, ha sido difundida y, sin lugar a dudas, la historia cuantitativa tiene derecho de ciudadanía en la historiografía mexicana. Numerosos historiadores han incorporado la cuantificación a su arsenal metodológico y, por fortuna, su número sigue creciendo. Sin embargo, quiero señalar dos factores que a mi juicio han pesado negativamente en el crecimiento y maduración de los estudios cuantitativos en el país: 1. La falta de un reducto institucional estable —del tipo del que mencionamos para Francia con la *VIe. Section*— que refuerce la inquietud individual o grupal por la cuantificación, constituya archivos específicos, incentive los intercambios y dé coherencia a mediano y largo plazo a investigaciones que son por lo general largas y costosas; 2. La necesidad de dotar al historiador con el instrumental matemático-estadístico necesario para esta disciplina, lo que significaría la incorporación, en las *curricula* de formación, de asignaturas opcionales para los interesados en esta dirección. Estos procesos institucionales son lentos y difíciles, pero diría que imprescindibles si se quiere lograr la superación en los estudios de este tipo.

Más allá de las modas, la historia cuantitativa, “ese lenguaje, muy abstracto, descarnado” como lo caracterizó ajustadamente Fernand Braudel, es una realidad productiva, consolidada y viva. E instalada en la “larga duración” a la que es tan afecta, seguramente dará sus mejores frutos en esa ilusión del tiempo, cumplida y reactualizada permanentemente, que es el futuro.

#### BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- BARRACLOUGH, Geoffrey, *Tendances actuelles de l'histoire*, Paris, Flammarion, 1980.
- BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- BRAUDEL, Fernand, “Pour une histoire sérielle: Séville et l'Atlantique (1504-1650)” en *Écrits sur l'histoire*, Paris, Flammarion, 1969.
- CARDOSO, Cirio F. S., y Héctor Pérez Brignoli (editores), *Historia económica y cuantificación*, México, SepSetentas, 1976 (contiene: Jean Meuvret, “Los datos demográficos y estadísticos en historia moderna y contemporánea”,



Maurice Lévy-Leboyer, “*La ‘New Economic History’*”; Robert Mandrou, “*Matemáticas e historia*”; François Furet, “*La historia cuantitativa y la construcción del hecho histórico*).

—, *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1976.

FEBVRE, Lucien, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1982.

FLOUD, Roderick, *Métodos cuantitativos para historiadores*, Madrid, Alianza Editorial, 1975.

KULA, Witold, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona, Península, 1977.

KUZNETS, Simon, *Investigación cuantitativa del crecimiento económico*, Barcelona, Ariel, 1979.

LANDES, David S. et al., *Las dimensiones del pasado. Estudios de Historia cuantitativa*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

LE ROY LADURIE, Emmanuel, “*L’historien et l’ordinateur*”, “*La révolution quantitative et les historiens français: bilan d’une génération (1932-1968)*”, “*Du quantitatif en histoire: la VIe. Section de l’École Pratique des Hautes Études*”, en *Le territoire de l’historien*, Paris, Gallimard, 1973.

TEMIN, Peter, *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS